



## LAS CABALGADAS DE LAGARDÈRE

---

### I

#### Peña del Cid.

En un pueblo de Aragón, que ya no existe, que se llamaba *Peña del Cid* y estaba situado á varias leguas al norte de Teruel, Aurora de Nevers gemía en el lecho del dolor.

Fué imposible llevarla más allá de aquel lugarejo, donde se hallaba desde hacía dos días en una miserable posada, la única de la población.

Una fiebre intensa abrasaba su cuerpo, y la cabeza, que salía de entre las sábanas, tenía ex-

presión de sufrimiento moral mayor todavía que de dolor físico. Las facciones descompuestas, la lividez de sus labios y lo rojo de sus pómulos eran signos evidentes de lo grave de su enfermedad.

Dos personas velaban á su cabecera, Flor y Gonzaga, que hablaban en voz baja para no turbar el reposo pasajero de la doliente, á la cual el menor ruido despertaba con sobresalto. Pero si los labios de la gitana se comprimían para no dejar paso á las vibrantes maldiciones que su corazón le sugería, sus ojos las expresaban eloquentemente.

—¡La habéis matado! ¡Eso era lo que buscabais!

—La juventud triunfará de la enfermedad—repuso Gonzaga caviloso,—y la salvarán vuestros cuidados.

Doña Cruz se puso en jarras como cuando llevaba la vida bohemia en su adolescencia y alguien le dirigía una palabra que le sentaba mal.

—Así lo creo—murmuró, soberbia en aquella actitud de desafío.—¡Yo la libraré de la muerte, y á vos mismo!

—¡Qué loca sois!—dijo Gonzaga, tratando de cogerle una mano, que la gitana retiró cual si temiese la mordedura de una víbora.

—Está muy distante el tiempo en que os creía un hombre honrado y caballeroso, señor Príncipe; el tiempo en que creí amaros. ¡Entonces sí que estaba loca! Sólo conservo hoy de aquella época el sentimiento de haberos seguido, la vergüenza de haberos servido de instrumento para torturar el corazón de dos mujeres.

Él se encogió de hombros.

—¡Cómo! ¿No tenéis vos misma mucha culpa en haber truncado en parte vuestro porvenir?

—Sí; porque mi porvenir era cantar y bailar por las calles y plazas, y decir la buenaventura. ¡María Santísima! ¡Desde el día que os vi, monseñor, dejé de sonreír; desde entonces no he cesado de llorar, por mí ó por otros!

—Si me hubierais obedecido ciegamente, os habría dado poder.

—¡Si vos mismo lo habéis perdido!

—Lo recobraré mañana. Su Majestad el rey de España no se lleva muy bien con su primo el de Francia, y menos aún con el Regente. Es un hermoso juego para el que sepa tener las cartas.

—¿Lo que quiere decir que os pondréis al lado del rey de España contra el Regente de Francia? ¡No me sorprende: hay perros que lamen la mano que les da, y la muerden en cuanto deja de darles!

—Eso es la política, doña Cruz.

—Llamadla como se os antoje, sois muy dueños; pero yo la llamo de otro modo.

Felipe frunció el ceño.

—Acordaos de que si Felipe de Mantua puede cesar por un instante de ser el amo en un sitio, es para serlo pronto en otro.

—Emplea para ello medios que no todos se atreverían á emplear.

—¿Qué osáis decir? ¡Una doncella debe medir más sus palabras!

—El privilegio de la mujer consiste en poder decir á un hombre lo que piensa, sin que él pueda enfadarse.

—¿De qué medios queréis hablar?

La gitana dió dos ó tres vueltas por la estancia sin hacer el menor ruido y como leona que desentumece las patas en su jaula antes de arrojarse sobre el domador, que se cree el más fuerte, confiando en anonadarle de una zarpada.

Ninguna comparación más exacta. Gonzaga tenía las armas del domador: la fuerza, el hierro enrojecido, el látigo. Había logrado hasta entonces que la leona se echara á sus pies; pero cuando creía tenerla más domada sacudía la cabeza y alargaba las temibles garras, pronta á devorarlo.

—¿Qué medios?—dijo de repente parándose

ante él y desafiándole con la mirada.—¡El asesinato!

—¡Callaos!—gruñó Gonzaga con los dientes apretados.—¡No intentéis luchar contra mí, porque os haré mil pedazos como si fuerais de frágil vidrio!

—¿Qué importa una víctima más ó menos, y tan insignificante como yo? ¿No habéis matado al esposo y al padre? ¿No habéis hecho por matar á la hija? ¿No está marcada vuestra mano por el Justiciero?

Un movimiento de cólera sacudió el cuerpo del Príncipe, que estuvo á punto de acabar de una vez con aquella gitana audaz que había sacado del lodo de las calles para hacerla duquesa. Adelantó un paso arrebatado de furor y con el puño crispado; pero en la mano de Flor vió brillar un puñalito del cual no se separaba nunca. Se había plantado arrogante y valerosa ante el lecho en que yacía su amiga, resuelta á defenderse y defenderla, aun á costa de su vida. Gonzaga se calmó: no era bastante cobarde para herir á una mujer.

—¡Ved hasta dónde me empujáis con vuestras insolencias—murmuró;—estaba á punto de cometer un homicidio!

—Ó quizás ibais á ponerme en el caso de hacer justicia—replicó ella, desafiándole todavía.

Comprendió el Príncipe que por la tremenda no lograría dominar á aquella intrépida testaruda, y volvió á sentarse, diciendo con tono glacial:

—Hacéis mal en poner os así: exponéis la vida sin provecho alguno. Me basta dar una orden para enviaros á Andalucía y embarcaros allí para el África, donde seréis esclava, ¿ó quién sabe si sultana?

Las palabras secas, frías, cortantes del caballero hicieron bajar la cabeza á la joven.

—El día que me plazca separaros de mademoiselle de Nevers, lo haré sin necesidad de violencia, y no la veréis más. Tengo otros medios que el asesinato, digáis lo que queráis.

Esta brutal amenaza, pronunciada con toda calma, asustó más á la gitana que el furor del Príncipe, el cual prosiguió:

—Sellemos las paces. Podéis servirme y servir á vuestra amiga, cuya muerte no quiero.

—¡Yo, en cambio, la deseo!—dijo una voz débil que salía de la alcoba.—¡La llamo á todas horas, todos los minutos! Á veces me parece que llega, que me tiende los descarnados brazos, que va á llevarme. Pero entre ella y yo se interpone siempre una espada y una voz que dice: «¡Aquí estoy!», y oigo un grito. ¡La palabra de Nevers,

el grito de Enrique de Lagardère! ¡Y la muerte se da á la fuga!

Gonzaga, con la garganta seca y los ojos inyectados en sangre, se levantó y dió dos pasos atrás. ¿Iba á oír resonar otra vez en sus oídos la terrible acusación de asesinato? Perdiendo la serenidad, dió un golpe con el pie en el suelo, manifestando su impaciencia, y rugió ciego por la cólera:

—¡Lagardère ha muerto! ¡Tengo su espada rota, la espada que le había dado el Regente!

Un doble grito de angustia resonó en la cámara, y Flor se precipitó hacia su amiga echándose en sus brazos para calmarla. Aurora se había incorporado como galvanizada, con los labios contraídos, la mirada extraviada.

—¡Muerto Enrique! ¡Mentís! ¡Mentís!—exclamó con desvarío.—¡Yo hubiera sentido el golpe del asesino! ¡Le veo, vive, su espada me sostiene y me hace vivir! ¡Mentís! ¡Enrique vive! ¡Vendrá, vendrá, y matará! ¡Enrique! ¡Enrique!

Agotada por el esfuerzo cayó en la almohada, y de sus labios sólo se escaparon ya palabras entrecortadas engendradas por el delirio.

—¡Idos!—aconsejó doña Cruz á Gonzaga.—¡La exasperáis y la matáis! Vuestra sola presencia le hace mucho mal. ¡Si sois caballero, respetad á una moribunda! ¡Idos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"LFGNSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

El Príncipe no osó resistir.

—Me voy dentro de una hora á Madrid—dijo yéndose.—Venid á verme en seguida: necesito hablaros.

Los *enrodados* quedaron en Zaragoza. Sólo acompañaron á las jóvenes Gonzaga y su factótum, porque no querían que ninguno más conociera su refugio.

La gitana creyó deber acceder al deseo del Príncipe, y en cuanto vió que Aurora comenzaba á dormir pasó al salón, donde los dos hombres conversaban sentados ante una mesa. De lo que le dijera Felipe de Mantua deduciría ella su conducta anterior: no creía en la muerte de Lagardère, y se proponía averiguar algo.

—¿Hay alguien con Mlle. de Nevers?

—Sí; una mujer que me avisará en cuanto se despierte. . . .

Gonzaga cerró la puerta.

—Hablemos seriamente. Tengo que daros órdenes terminantes, doña Cruz.

—Escucho. Acaso las cumpliré, siempre que no pugnen con mi conciencia.

—Las cumpliréis de todos modos—dijo él con imperio y autoridad.

La gitana no respondió; pero su semblante tenía expresión de indomable resistencia pasiva.

—Como os dije hace un momento, me voy á

Madrid, y no sé cuándo volveré. Se preparan grandes acontecimientos, que marcarán para mí la era de un nuevo poderío.

Doña Cruz no pestañeó.

—El estado de salud de Mlle. de Nevers me da la seguridad de que no trataréis de huir. Os enviaré un médico que la curará.

Un relámpago de júbilo brilló en la mirada de la joven.

—¿Y nos dejáis solas?—dijo sin poder contenerse, y mordiéndose en seguida los labios al darse cuenta de su imprudencia.

—Nada de eso—repuso Gonzaga sonriendo.—Necesito estar al corriente de todo lo que pase, y dudo que vos queráis encargaros de esa tarea. Además, no es propio de Mlle. de Nevers este alojamiento en este figón. Os he hecho preparar habitaciones dignas de ellas y de vos. En seguida las ocuparéis.

Hizo la gitana un gesto de indiferencia, y el Príncipe le señaló un punto á través de la ventana abierta.

—Mirad allá arriba, aquel castillo en el flanco de la sierra. En cuanto pueda ser trasladada la hija de la princesa de Gonzaga—y subrayó burlescamente este título,—iréis allí.

Doña Cruz miró al punto indicado, y sólo distinguió un amontonamiento de piedras que pa-

recían ruinas. Deteniéndose más en su examen, pudo darse cuenta de que una parte del castillo era habitable.

—¡Un nido de buitres!—dijo haciendo una mueca.—El sitio es bravío, los muros parecen sólidos. ¡Pero el águila entrará!

—Yo os he dicho que Lagardère ha muerto. Ella se encogió de hombros y replicó:

—Aunque le matarais por vuestra propia mano, si no recibís su último suspiro, dudad de vuestra victoria. Pero dejémoslo. ¿Queréis encerrarnos en ese nido dealcones? ¡Sea! Lagardère subirá á buscarnos.

—Cayó en el desfiladero de Pancorbo. No volveréis á verle.

—¡Bah! Tampoco vos, monseñor, debíais salir del subterráneo de Bayona. ¡Hay muertos que resucitan!

—No importa. De todos modos, no estaréis solas.

—¿Y quién será nuestro carcelero? Indudablemente, M. de Peyrolles. No hay misión que repugne. Ni siquiera la de carcelero de damas.

El mayordomo se inclinó burlonamente.

—Misión agradable, señora, porque me proporcionará el encanto inapreciable de vuestra compañía en un lugar tan árido y desierto.

—Temo mucho que sea una compañía muy

poco grata para vos, pues el desdén que me inspiráis hará mi conversación desagradable. Sin embargo, algún día me veréis alegre; pero entonces, ¡guay de vos! Ya no podréis hacer nada por guardarnos, y estaréis muy próximo á expiar. Hasta quizás me veáis aplaudir cuando os den el pasaporte para el otro mundo.

El factótum había llegado á temer estos duelos á lengua con la joven española, y palideció. Gonzaga acudió en su socorro diciendo:

—Doña Cruz, os prohibo terminantemente que por cualquier medio que sea hagáis saber á la princesa de Gonzaga el lugar donde se halla su hija. ¡Podría costaros caro á las dos!

—¿Qué puede temer Aurora, puesto que decís que no queréis su muerte?

—Y os lo repito; pero la defenderé contra todo y contra todos.

—Eso mismo nos da el derecho de defendernos contra vos. No contéis nunca con mi sumisión. Nací libre, y libre moriré. No he de haceros promesa alguna, puesto que no la cumpliría. Por lo demás, no os inquietéis. ¿No tiene M. de Peyrolles la misión de guardarnos?

Y lanzó al mayordomo una mirada tan cargada de desprecio, que le hizo bajar la suya y preguntarse si de los dos era él quien pertenecía al sexo fuerte.

—Sin embargo, si lo hubieseis querido—dijo el Príncipe,—seríais duquesa.

—Verdad es que vos, en colaboración con el Diablo, vuestro señor, me hubierais dado ese título—replicó ella burlonamente;—pero no se necesitarán tan grandes personajes para hacerme marquesa. Quizás baste M. de Chaverny.

—¡Si en eso fiáis! Ese alocado de Chaverny, hija mía, os ha hablado de amor una noche que estaba borracho.

—Eso es cuestión entre él y yo. Pero sea marquesa ó gitana, no soy criminal, y quizás no podría decir eso si hubierais hecho de mí lo que queríais.

—¡Peor para vos!

—Y para vos también; principalmente para vos, monseñor. Era más vuestro juego que el mío. Por eso lamentáis tanto haber perdido la partida. Pero estáis perdiendo el tiempo, monseñor, y os aguardan con impaciencia en Madrid para colmaros de honores y poder.

Y haciendo una sarcástica reverencia volvió la espada y se fué.

—¡Es testaruda!—dijo Felipe á su factótum.—Vigiladla atentamente; sobre todo, que no pueda escribir á nadie ni recibir cartas ó mensajes, sean de quien fueren. Me respondéis vos mismo personalmente.

Peyrolles se aproximó á su señor.

—¿Y si resistiera demasiado?—suspiró á su oído con voz cautelosa.—Si hubiera peligro en dejarla más tiempo al lado de Aurora y se necesitara apelar á medios particulares, ¿dónde podría detenerme?

En la boca del siniestro malandrín la pregunta era de alta importancia. Sus ojillos grises brillaban con resplandores acerados, y su nariz aguileña parecía el pico de un buitre disponiéndose á desgarrar las entrañas de la gitana.

—¿Cómo?—preguntó el Príncipe.

—Cuando estemos en la torre, una joven tan audaz y tan imprudente puede pasearse por las almenas, y deslizarse y caer: un vértigo puede ocurrirle á cualquiera. La torre es alta, y se levanta sobre la roca. Por tres lados el abismo mide cerca de cien pies.

Felipe de Mantua, con la cabeza entre las manos, parecía reflexionar. El factótum creyó que su idea se abría camino en la mente de su señor, y murmuró:

—Lo malo es que una desgracia nunca viene sola, y en vez de una, podrían ser las dos las que cayesen.

Gonzaga se estremeció y se levantó.

—No es ése mi plan—dijo.—He resuelto que Aurora viva. Es el cebo para atraer á los otros; el

escudo entre ellos y nosotros. La tenemos en rehenes para trocarla por lo que hemos perdido. No lo olvidéis, señor Peyrolles. Muerta ella, su cadáver sería una barrera eterna entre nosotros y la corte de Francia.

—Y también un obstáculo, monseñor, para vuestros proyectos en Madrid; una cadena al pie que arrastráis, y que dificulta vuestros movimientos. El Regente puede reclamarla á Felipe V, y la señora Princesa misma venir en persona á reclamarla. Necesitaréis explicaros, y vuestro crédito sufrirá un golpe mortal.

—¡Por el Iscariote!—exclamó el Príncipe cruzándose de brazos.—¡Tu inteligencia se oscurece, mi pobre Peyrolles! El miedo al espectro de Lagardère te hace feroz, á menos que no lo tengas de doña Cruz. Antes de ocho días se habrá declarado la guerra entre España y Francia: por lo menos, voy á hacer cuanto pueda para conseguirlo. Si Lagardère no hubiera muerto en Pancorbo, como me has asegurado, yo me encargaría de hacerle arrestar y enviarle á que se pudra en un calabozo de la antigua fortaleza de Pamplona, ó bien hacerle ejecutar en la Plaza de la Cebada de la villa y corte, asistido por los venerables hermanos de la Paz y Caridad.

—Lagardère no es de temer, monseñor; pero la señora Princesa...

—Si osa venir, la haré conducir á la frontera. Mi calidad de esposo suyo me autoriza para ello.

—Verdad es que Alberoni os sostiene, monseñor.

—Bueno! He aquí mis instrucciones para el conde de Maqueda, á vuestro servicio dos criados de la casa, y una vez instalados en el castillo de San Juan de los Rios, excepto vos y el médico de la casa, las habitaciones de Mlle. de M... pero desgraciadamente ella ó á la de doña... sonar demasiados cadáveres.

ac

